

Los Libros

CANCIONES DE TODOS LOS TIEMPOS, por *Félix Armando Núñez*,
Editorial Nascimento, 1943

He aquí una cosecha lírica multiversa, frente a la cual quien esté poco avezado al cambio y a la estructura debe sortear el riesgo evidente del desconcierto.

Por lo común, el libro cifra un período poético distinto, lo define, y, a veces, lo cierra. En tal caso, las composiciones solidarizan en su destino y concurren por junto a dibujar la fisonomía del autor. Del cual predicamos con mayor o menor énfasis las aptitudes que le acompañan para conducir con fortuna a Pegasus por un sendero propio.

Pero aunque Félix Armando Núñez ha dado a su libro un nombre que confiesa la aparente heterogeneidad de su mensaje, un meditar más claro a medida que simpatizamos con él nos va aproximando a la palpación de su ser íntimo: es esta una poesía de la inmanencia, en que lo real significa esencialmente un repliegue o, si se prefiere, una forma del espíritu: la razón. De este modo, los objetos tienen a su poeta en la sindéresis o capacidad del juicio limpio. Y de este modo, también, los poemas de Félix Armando Núñez saben en conjunto, y muchos en particular, al equilibrio, a la sofrosine o a la euritmia que prestan a la poesía imperio estatuario, piel diamantina y elegante gracia enérgica:

«Como un diamante el sueño se endurece
en firme limpidez definitiva» (Tilos de Otoño, pág. 61).

«Lienzo puro que pintan mis querellas
con sus maduraciones de diamante,
su resplandor de muslo o miel fragante
y su divina espiga de centellas» (La alegría, p. 53).

«Hermosa tentación, labio sediento,
incontenible impulso. Nada turba
la ordenación divina. Sin quererlo
sirvo en las copas el licor olímpico
y la esencia que nutre el pensamiento» (Ganimedes, p. 77).

Pero el arte poética de Felix Armando Núñez está soterrada. La encuentro, naturalmente, en un poema de factura apolínea: un soneto, forma orgánica que la unidad suele tomar en la poesía clásica:

EL NUEVO PROMETEO

«Dejadme que con músculo de orfebre
primero anime el pétalo de rosa,
el bosquejo de fácil mariposa,
la fórmula feliz de dulce fiebre.

Y si violenta bacanal celebre
no sea con la chispa milagrosa,
que en su magia se alumbró toda cosa
como el alba de místico pesebre.

No se advierta el fragor del sentimiento
ni su concentración de hondo trabajo,
no brusca racha, sino alegre viento.

Mirad la luz tan fina que condensa
los que aguardasteis ávidos abajo:
una energía nítida que piensa.

El Nuevo Prometeo es el triunfo de la razón, del «logos», agente de economía biopsíquica, sabio dispensador de euforia, sobre la sensibilidad, sobre el «pathos», gestor del desequilibrio evidente.

Si estas Canciones lo son de todos los tiempos, es porque no pertenecen a ninguno. Son de ayer, de hoy y de siempre. Son, en definitiva, la flor de esa derrota ontológica en que se ocurre a la inteligencia como el único orífice que puede resarcirnos de la pérdida de nuestra individualidad concreta temporal.

En este arte, la angustia tiene muy poca cabida.

Angustia es lo instante, el brote del derrumbe psíquico, y hasta el derrumbe mismo que va engendrando la posibilidad de sus momentos. La angustia tiene en el peligro de la muerte y en el apetito de la vida sensible su más grávido sentido humano. Es ella el habitante elemental de toda poesía de la trascendencia, donde la vida discurre desde orígenes infatigables, en trepidación a borbotones, impetuosa y oscura.

Este poeta, en cambio, poeta de lo inmanente, respira en la ecuánime serenidad del sobrio disfrute sosegado, de la resignación placentera, de la altura conmovedoramente entraña y soledosa de

«el estupor del árbol en el Otoño quieto» (Pan, p. 79).

Por eso, cuando canta al amor sensual, su poesía sabe a primeriza y postiza. Y también por eso no tiene el poeta interés en tañer la llamada «cuerda social», que no es de su competencia.

El amor vive en sus versos avaro de sí mismo, sin congoja sensual auténtica posible, desnudo de la carne, y en desmayo sugerido por una indudable filiación platónica, que le hace suspirar melancólicamente por la región eidética donde finca la verdad de las estirpes:

«Mi amor no es la dulzura esperanzada del huerto en primavera.
Mi amor no espera nada: ¡déjame que te quiera!

Yo tengo la dulzura fatigada
del árbol que en otoño sólo espera
entregar su cosecha perfumada
para morir soñando.

¡Déjame que te quiera! (La Valla Inútil, p. 213).

«Lenta concentración maravillosa,
tu corazón de mí está lleno,
tranquilamente, suavemente lleno,
cual la colmena a fines del Estío,
como mi corazón en el silencio
de los crepúsculos, como mi alma
cuando tú hablas con trémulo acento.

Amor que es casi todo claros sueños
porque templó sus dardos
en un divino fuego,
absorto amor casi contemplativo,
madura beatitud, río sereno
por donde se entra a un Paraíso eterno.

Arca de mis ensueños,
remanso azul para una vida entera,
tu corazón del mío está colmado.

En tus pupilas hondas y serenas
todas las llamas de mi poesía
se reflejan cual pálidas estrellas.

Miro las copas llenas de retoños
y aguardo sin dolor la Primavera» (Palabras en el Crepúsculo,
[p. 87]).

Lo que he expresado se compadece bien con el acento romántico de las estrofas que preceden. Ya dije en un ensayo: «La poesía clásica y romántica tienen previsión y euritmia ar-

quitectónicas. Se elaboran con capitales lógico-emotivos que persiguen un culto formal inteligente de la realidad».

Como el «logos» es discriminación y forma, la poesía de Félix Armando Núñez finge las mismas estructuras frecuentada por los clásicos de la lengua castellana, de los cuales le están más próximos Garcilaso, Fray Luis de León, los Argensola Darío, Nervo y Juan Ramón Jiménez. Con este último habría necesariamente que emparentar la natural soltura y conseguida sencillez de varias producciones.

No es empresa fácil mantener la excelencia de la naturalidad, que suele devenir espontaneidad pedestre. Si el libro nos ofrece algún ejemplo de esto, nos depara en cambio nutrida copia de creaciones gráciles, desenvueltas, de profunda intención vestida de levedad seductora, al modo de las Rimas de Heine y de Bécquer y de poemas de los buenos tiempos de Gabriela Mistral. Casi al azar tomo un puñado de versos:

«El pinar hizo la noche
y la noche hizo el encanto con tu dulce compañía
«Todavía» dice el canto
«todavía» (Sonata Lunar, p. 93).

El gris dulce del cielo
tiene mi desencanto.

En mi mente va y viene el ritornello:

«Te hubiera amado tanto» (Lento, p. 97).

En la rosa, en el lirio de las tumbas,
en el ciprés que vigila el silencio,
viven mientras vivimos
nuestros queridos muertos (Elegía Romántica, p. 99)

Esta sombra de horror apretada
sobre un ser que soñó y esperó
aniquila el sentido del yo
¿ni la rosa ni el alma son nada? (Elegía Profunda, p. 101).

Viene el silencio del crepúsculo
inundando los valles;
suspiro de una flauta moribunda,
silencio de una música inefable.

Desde el ocaso, desde las estrellas,
alguien me está llamando,
a la hora del crepúsculo,
a la hora del cansancio.

¡Qué paz hay en el campo
que yo escucho esta voz imperceptible!
No estoy triste, y mis ojos
se han nublado de llanto.

Desde el ocaso, desde las estrellas
alguien me está llamando (Desde el ocaso), p. 109).

No son estos poemas los menos interesantes del libro. Expresan madura melancolía austera, que sabe contenerse en la libertad que le atesoran sus delicados límites. Suavemente la emoción tiende a acrecer sus lindes para ahogar el sedentarismo intelectualizado, que aherroja y mata a la poesía. El prurito de la forma cede y se ausenta para que el hombre pueda propagar su vibración honda y castiza.

A la misma familia de objetivaciones literarias, y con la misma poética naturalidad, se acoge.

EL ÚLTIMO PARAÍSO

Laúd del primer ángel suena
cuando recuerdo tu ternura:
tan suave, tan blanca, tan pura
como una imposible azucena.

Mi lucha a muerte se serena:
mi fragor que es casi locura

se convierte en dulce dulzura,
en risa triste, en pena buena.

Pena buena como la almohada
de lienzo fino y oloroso,
donde encontró el viador posada.

Con decirla en verbo amoroso
mi emoción se siente humillada,
porque no hay nada tan hermoso.

A veces es la inquietud crítica de Protágoras y Kant la que se insinúa en su estro para decidir que el mundo es como nosotros lo pensamos:

¿Qué buscas, alma mía, huyendo la quimera?
Con un color te engaña la distancia inmensa,
y la razón, con formas de luz, Sólo en la esfera,
ficción pura, descansa mi energía que piensa.

Y este millón de gritos, de curvas caprichosas,
de latidos de la onda que exalta un sol de llamas
¿no lo creas tú mismo junto al labio de rosas,
las mejillas y el seno de la criatura que amas? (Pájaros, p. 63).

Rubén Darío le perjudica en ocasiones con la pedrería blanda de su vocabulario, aunque en otras es parte a robustecerle el procedimiento: el Canto Heroico a Chile es una buena prueba.

También insinúan sus aristocráticos perfiles en la esencia de esta poesía dos valores adustos de raíces encontradas: Antonio Machado y Baltasar Gracián. Gran parte de lo que me tengo dicho de éste en un pequeño estudio que me encomendara el autor de «Canciones de todos los tiempos» podría referirse a él propio. Entre otras cosas, he predicado de Gracián: «espíritu extraordinariamente ágil, escurridizo, proteico—sobre todo proteico—abierto a toda magnífica influencia, ávido, sitibundo, ur-

gido por agudos anhelos de erudición y de sincera vida. Transfiere a nuestra lengua todo el encanto que emana de una disposición feliz de los vocablos. Burila el metal castellano hasta hacerlo alcanzar contornos sugerentes, relieves inauditos, y va más allá todavía, puliéndolo para que las ideas en él reverberen y nos hieran con un fulgor de asombro, para que se apoderen del alma con dominio de embrujo, con maestría seductora. Hace arte de contención, de disciplina, de desbroce. Arte de economía verbal. Literatura de castigo evidente, amasada con detenido espacio, porque «las cosas que pronto llegan a su perfección valen poco y duran menos: una flor presto es hecha y presto deshecha; mas un diamante, que tardó en formarse, ape-la para eterno», y porque «la facilidad es ramo de vulgaridad». Pero también dije del célebre aragonés: A pesar del común dinamismo nervioso que los inspira, sus libros acusan el sello de un temperamento intelectualizado y sedentario». («El Sur», diciembre 25 de 1942).

Como Gracián, siente nuestro poeta bastante apego por el símbolo y el adjetivo abstracto y culto.

Lo dicho acerca de las influencias no empece a la originalidad: abrirse a muchas podría ser uno de los escasos caminos que existen para conservarse puro. Se admite en Ontología que si todo existiera, sería como si no existiera nada.

Además, ¡rara cosa!, en este libro se renuncia deliberadamente a la originalidad. Lo prueban su título (interpretado en acepción objetiva directa) y la profusión móvil y distinta de poemas escritos en el decurso de más de veinte años.

¿Y si tiene razón André Gide (y yo creo que la posee en parte no desdeñable) cuando sustenta que el que renuncia a la originalidad la alcanza, a la manera como el Evangelio—también en lenguaje paradógico—asegura que gana su vida precisamente el que no quiere salvarla, y, en apariencia, entonces, la pierde?

El poeta es buen conocedor de la literatura universal, y alguna vez es ganado por cierta simpatía hacia el arte impuro o sublógico, por ejemplo en *Venus en el Mediodía de la Onda*, (p. 75). Pero entonces no hace sino confirmar lo que llevo dicho respecto a su Poética: *Venus en el Mediodía de la Onda* es siempre una obra de la conciencia vigilante, obra a no dudar apolínea de esa «energía nítida que piensa».

Pero en compensación, y como para pagar en moneda propia el tributo que se debe a los grandes de la poesía «impura» (porque—aunque parezca mentira—hay pequeños barbilindos que pretenden pertenecer a ella), ha escrito un poema de factura parnasiana que se abre como un pórtico para la poesía de Rimbaud, Verlaine y Baudelaire: «Flores de los Pantanos» (p. 195).

Podría extenderme de largo sobre el influjo enorme que en su poesía ha ejercido el medio físico de Concepción, ciudad que puebla y nimba las pupilas del poeta.

Es a veces la sugestión destemplada, hostil del paisaje, en una tierra que la lluvia no fecunda, pero la arrasa; que el viento no acaricia, pero la viola; tierra difícil y hosca y dura, la que se alumbra clara y heridamente en los aromos del cerro Caracol para inspirar con su vegetal idioma las raíces serenas del canto, a despecho de la desolación que apuñala, del rigor que muerde, de la tristeza que abruma:

Entre nieblas, o gasas de lloviznas, o velos
temblorosos de lluvia, cenicientos los cielos,
impías las escarchas o el viento hecho furor,
sobre pinos sombríos o esqueletos de ramas,
yerguen como un ensueño de oros y de llamas
sus copas delirantes los aromas en flor...

.....

Pródigo aroma, Cristo del paisaje doliente,
yo recojo en el suave milagro de tu ambiente
una lección suprema de amor o de quietud... (Aromos, p. 151).

O es el Otoño con su carro de rumores apagados, con su respiración de comedido sosiego, con su precipitación conmovedora y lenta y silenciosa y virtuosa de desgaste el que rueda por siempre sobre el imposible sueño de la primera verdad o primavera del espíritu:

.....

 Mi corazón que tiene perpetuos los otoños,
 desfallece sintiendo renovarse la vida...

.....

Félix Armando Núñez es, en suma, el poeta consecuente con su temperamento y con su medio: ni se ha incorporado a una escuela literaria ajena a su sensibilidad, ni escapa al determinismo psico-físico de Concepción, ciudad arcifinia discretamente establecida con increíble brevedad por la imaginación, y con audacia cada vez más increíble por la inteligencia reflexiva propagada... —MARIO OSSES.S



JOSÉ ORTEGA Y GASSET, por José Sánchez Villaseñor

Con el subtítulo de «Pensamiento y Trayectoria» ha escrito José Sánchez Villaseñor un estudio de 335 páginas sobre el pensamiento del filósofo español. Acariciamos siempre el deseo de realizar un estudio aclaratorio de la obra de Ortega y Gasset, tan leída y gozada por toda clase de lectores, entre los que se cuentan también pensadores y hombres de pluma en gene-